

El impacto de la inteligencia emocional en el rendimiento académico más allá del conocimiento cognitivo

The impact of emotional intelligence on academic performance beyond cognitive knowledge

Recibido: 12/03/2025, Revisado: 10/05/2025, Aceptado: 17/06/2025, Publicado: 27/06/2025

Para citar este trabajo:

Molina Gutiérrez, B. I., (2025). El impacto de la inteligencia emocional en el rendimiento académico más allá del conocimiento cognitivo. *DISCE. Revista Científica Educativa Y Social*, 2(1), 1-14. <https://doi.org/10.69821/DISCE.v2i1.18>

Autor

Bélgica Irene Molina Gutiérrez¹

Unidad Educativa 16 de Mayo, Quinsaloma, Ecuador

belgica.molina@educacion .gob.ec

<https://orcid.org/0009-0009-2408-6105>

Resumen

Este ensayo aproxima la idea de que, las emociones no son un accesorio del aprendizaje, sino una de sus condiciones esenciales. La inteligencia emocional, entendida aquí como esa mezcla de habilidades para darse cuenta de lo que uno siente, manejarlo, expresarlo y, con suerte, comprender lo que sienten otros, juega un papel profundo en lo que ocurre en las aulas. Es decir, en cómo se concentra un estudiante, en su voluntad para seguir intentando después de fallar o en cómo interactúa con sus compañeros. Por tanto, a lo largo del texto se recogen ideas, hallazgos, experiencias que explican cómo funciona esa relación entre sentir y aprender, teniendo la conclusión que la educación

¹ Licenciada en Ciencias de la Educación mención Educación Básica, Magister en Ciencia de la Educación. Docente de Educación básica con más 7 años de experiencia.

emocional debe ser debe estar integrada en el currículo con intencionalidad, con planificación, y sobre todo con coherencia. Porque al final, educar desde las emociones no es solo una apuesta pedagógica más: es, en verdad, una estrategia concreta para que la escuela sea un espacio donde se aprenda de verdad, y donde se forme a personas más íntegras y empáticas.

Palabras claves: Inteligencia emocional, educación emocional, rendimiento académico, currículo escolar

Abstract

This essay approaches the idea that emotions are not an accessory to learning, but one of its essential conditions. Emotional intelligence, understood here as that mix of abilities to realize what one feels, manage it, express it and, hopefully, understand what others feel, plays a profound role in what happens in the classroom. That is, in how a student concentrates, in his or her willingness to keep trying after failing, or in how he or she interacts with peers. Therefore, throughout the text ideas, findings, experiences that explain how this relationship between feeling and learning works are collected, with the conclusion that emotional education must be integrated into the curriculum with intentionality, planning and, above all, coherence. Because in the end, educating from emotions is not just another pedagogical bet: it is, in fact, a concrete strategy for the school to be a space where people really learn, and where more integral and empathetic people are formed.

Keywords: Emotional intelligence, emotional education, academic achievement, school curriculum

INTRODUCCIÓN

La inteligencia emocional ha ganado un peso notable en el ámbito educativo desde que se reconoció su influencia no solo en el rendimiento académico sino también en la formación integral del estudiantado. Más allá de lo cognitivo, las emociones juegan un papel clave en la forma como los alumnos afrontan desafíos escolares, regulan su conducta y se relacionan con otros (Escudero et al., 2025). Comprender cómo la gestión emocional interviene en el aprendizaje abre la puerta a plantear enfoques más humanos, inclusivos,



que no se limiten a impartir conocimientos. Este ensayo, en ese sentido, explora esa relación y propone una mirada que integra desarrollo emocional y logro académico.

Durante años la educación formal se concentró casi exclusivamente en habilidades cognitivas, dejando en segundo plano lo emocional, se asumía que el éxito educativo dependía únicamente del coeficiente intelectual o de resultados en pruebas estandarizadas. Hoy ya no es así, estudios actuales revelan que la motivación, el autocontrol, la empatía o la capacidad de enfrentar la frustración influyen de manera significativa en el rendimiento escolar (Jiménez-Blanco y Satre, 2020). La inteligencia emocional, en tanto, se concibe como un conjunto de habilidades para comprender, expresar y gestionar emociones, propias y ajenas, y se erige como una competencia central en este nuevo escenario.

Desde el hogar hasta las aulas, las emociones están presentes constantemente, un estudiante que no logra regular la ansiedad ante un examen puede bajar su rendimiento, sin que eso refleje sus conocimientos reales. De igual modo, un niño con baja autoestima o escasas habilidades sociales puede tener problemas para participar, cooperar o seguir instrucciones y esto incide directamente en su aprendizaje. Estas situaciones son frecuentes en muchos centros educativos y dejan en claro que lo emocional debe recibir el mismo rigor que lo académico.

El concepto de inteligencia emocional aborda perspectivas diversas, hay quienes la enlazan con la inteligencia social, y otros la definen como un repertorio autónomo de habilidades necesarias para adaptarse en contextos cambiantes. En educación han surgido programas para fomentar competencias como autoconocimiento, regulación de impulsos, empatía, toma de decisiones responsables y habilidades sociales (Pedrera Rodríguez, 2017). Estas capacidades no solo nutren el bienestar personal, también mejoran el clima escolar, reducen conflictos y fortalecen la disposición para aprender.

En el terreno de la política educativa, algunos sistemas ya incluyen la inteligencia emocional en sus currículos, se reconoce que formar a alguien solo en contenidos no basta; hay que preparar personas capaces de gestionar su mundo interior y convivir con otros. Por

ello la IE ya no se ve como una moda o complemento, sino como un eje transversal del sistema. La evidencia empírica muestra que estudiantes emocionalmente competentes alcanzan mejores niveles de atención, más perseverancia, resultados académicos superiores y una actitud más positiva frente al estudio.

Además, desarrollar inteligencia emocional está vinculado con la prevención de problemas como la violencia escolar, el acoso, la deserción o las adicciones. Cuando alguien comprende sus emociones y aprende a expresarlas bien, también está en mejores condiciones de resolver conflictos sin violencia, pedir ayuda cuando la necesita y crear relaciones saludables (MacCann et al., 2011; MacCann et al., 2020). Eso favorece la construcción de entornos de aprendizaje más seguros, confiables y eficientes, y posiciona a la IE como un factor protector ante múltiples riesgos psicosociales.

No basta dejar esto en manos del docente, ni convertirlo en actividades aisladas, es necesario un enfoque sistémico que integre la formación emocional en el currículo, la capacitación docente, la evaluación institucional y la cultura escolar. También requiere el compromiso de toda la comunidad educativa, incluyendo a las familias, actores esenciales en el desarrollo emocional de niñas, niños y adolescentes (Mavroveli y Sánchez-Ruiz, 2011). Debe ser un proceso preventivo, formativo y continuo, con espacios de reflexión, práctica y acompañamiento.

Aunque existe consenso de fondo, la implementación de la IE en las escuelas enfrenta obstáculos: falta de formación del profesorado, currículos rígidos, carencia de indicadores claros de evaluación y en algunos casos, subestimación de lo emocional frente a exigencias académicas tradicionales. Estos no deberían desanimar sino motivar a repensar la educación desde una visión holística, humana e inclusiva (Estrada et al., 2021).

Este ensayo sostiene que la IE no es solo una herramienta que facilita el aprendizaje, sino también un camino para el bienestar y la convivencia escolar, a lo largo del texto se presentarán bases teóricas del concepto, evidencias empíricas que demuestran su efecto en el contexto escolar y estrategias para su integración real en la práctica educativa. La



finalidad es impulsar una reflexión crítica sobre el rol de las emociones en la enseñanza y promover una cultura escolar que reconozca al ser humano en su totalidad.

Desde este enfoque, formar estudiantes emocionalmente competentes implica comprender que enseñar no es solo transmitir contenidos, sino también acompañar procesos vitales complejos donde mente y corazón están entrelazados. El desarrollo cognitivo sigue siendo crucial, pero no puede verse separado de lo emocional. Es momento de superar el paradigma tradicional que veía las emociones como distracciones o amenazas al aprendizaje y reconocer que educar también es educar en emociones.

La escuela del siglo XXI tiene el desafío de formar ciudadanos críticos, resilientes y empáticos, capaces de navegar un mundo incierto y cambiante, para eso, fortalecer la IE desde las primeras etapas es indispensable (Perera y DiGiacomo, 2013). No se trata solo de un imperativo ético, es también una estrategia pedagógica eficaz para mejorar la calidad del aprendizaje y la equidad. En definitiva, educar con inteligencia emocional no es una elección optativa sino una urgencia que demanda compromiso, formación y visión de futuro.

DESARROLLO

Bases conceptuales de la inteligencia emocional

La inteligencia emocional (IE) es un constructo complejo explorado desde múltiples perspectivas tanto psicológicas como pedagógicas, se refiere a la capacidad de identificar, comprender, expresar y regular emociones, así como usar ese conocimiento de forma constructiva, en uno mismo y en la interacción con los demás (Drago, 2004). No es una cualidad fija al nacer; por el contrario, puede cultivarse a lo largo de la vida. De hecho, durante la infancia y la adolescencia —etapas decisivas— la escuela cumple un rol fundamental como espacio de formación socioemocional (Fernández-Lasarte et al., 2019).

Existen tres modelos principales para explicar la IE: el modelo de habilidad, el mixto y el de rasgos. El modelo de habilidad, formulado por Mayer y Salovey, la concibe como un conjunto de aptitudes cognitivas para procesar información emocional y utilizarla en favor del pensamiento. Este enfoque distingue cuatro dimensiones: percepción emocional,

utilización emocional, comprensión emocional y regulación emocional (Montesino, 2018). Cada una tiene su función: desde reconocer el sentir propio y ajeno, hasta manejar las emociones para alcanzar determinados objetivos.

El modelo mixto, popularizado por Goleman, incorpora no solo habilidades cognitivas, sino también rasgos de personalidad y competencias sociales. En este grupo figuran la automotivación, la empatía y capacidades de liderazgo (Perera, 2016). Su amplio uso en contextos educativos se debe a su aplicabilidad práctica, aunque algunos críticos señalan que mezcla rasgos y habilidades de forma imprecisa.

En tercer lugar, está el modelo de rasgos que define la IE como un conjunto estable de disposiciones emocionales inherentes a la personalidad. Se mide usualmente por autoinformes y pone el énfasis en la percepción subjetiva de las propias habilidades emocionales y no tanto en su desempeño objetivo (Montecinos, 2018). Más allá de modelos, hay consenso en que la IE actúa como mediadora entre experiencias emocionales y comportamientos. En el entorno escolar esto se traduce en que un alumno emocionalmente competente manejará mejor la presión ante exámenes, establecerá vínculos positivos, gestionará los conflictos de forma pacífica y conservará la motivación frente a retos

Desde la pedagogía, se entiende que la IE es parte esencial del desarrollo integral, no es un añadido al currículo, sino una dimensión intrínseca al acto educativo. Las emociones influyen en funciones cognitivas clave del aprendizaje como la atención, la memoria, la toma de decisiones, la resolución de problemas o la creatividad. Un entorno emocionalmente sano potencia el rendimiento académico, mientras que uno adverso puede volverse una barrera importante (Nolberto et al., 2021; Silva, 2020).

Además, el enfoque socioemocional contribuye a una educación más inclusiva, que considera no solo estilos de aprendizaje sino formas diversas de sentir, expresar y manejar emociones. Esto es especialmente valioso en aulas multiculturales y heterogéneas, donde condiciones sociofamiliares y experiencias personales varían ampliamente. Dotar a los



estudiantes de herramientas emocionales puede nivelar la equidad educativa al favorecer su desenvolvimiento independientemente de su origen emocional o social (Vargas, 2011).

El fortalecimiento de la IE trasciende el beneficio individual y se proyecta al colectivo. Cuando una comunidad educativa valora y trabaja las emociones, se construye un clima de respeto, cooperación y bienestar; se robustecen los lazos entre docentes y estudiantes, mejora la convivencia y disminuyen fenómenos como el acoso, la violencia verbal o el aislamiento (Akerjordet y Severinsson, 2007). En ese sentido, la IE opera también como mecanismo preventivo y formativo.

Finalmente es importante subrayar que el desarrollo de la IE exige una intervención planificada, sistemática y constante, no basta con impulsos aislados ni con la buena disposición del docente. Es imprescindible integrarla como eje transversal del currículo, fortalecer la capacitación docente, sistematizar la evaluación institucional y dar coherencia a la cultura organizacional escolar, solo así podrá consolidarse en la educación contemporánea (Sánchez Ruiz, 2020).

2. Evidencia empírica sobre inteligencia emocional y rendimiento académico

Durante las dos últimas décadas se ha acumulado una sólida cantidad de estudios que exploran la relación entre inteligencia emocional (IE) y rendimiento académico, tanto en contextos escolares como en la universidad. Aunque dicha relación puede cambiar según variables contextuales, metodológicas o personales, hay consenso sobre el impacto positivo de la IE en el desempeño académico (MacCann et al., 2020). La evidencia aparece en niveles educativos variados y regiones muy distintas, lo que sugiere que este fenómeno puede generalizarse, aunque con matices.

Uno de los aportes más influyentes proviene de meta-análisis, por ejemplo, un estudio que incluyó más de 42 000 estudiantes de diversas culturas y edades encontró una correlación positiva moderada entre IE y rendimiento académico, con un coeficiente $\rho = 0.20$, especialmente fuerte cuando la IE se midió con pruebas de habilidad en vez de autoinformes

(MacCann et al., 2011). Esto indica que las medidas objetivas revelan mejor las competencias emocionales reales.

Además, los estudios señalan que ciertas dimensiones de la IE inciden de manera diferenciada en el rendimiento, por ejemplo, la autorregulación emocional se vincula estrechamente con la capacidad de mantener la atención, controlar la ansiedad ante exámenes y perseverar en tareas complejas. Por otro lado, la automotivación y la empatía están asociadas con el compromiso escolar y la calidad de las relaciones en el aula, lo que también repercute indirectamente en el aprendizaje.

En el nivel secundario se han registrado efectos aún más notorios, en adolescentes la madurez emocional les permite adaptarse mejor a los retos académicos y sociales. A nivel regional, estudios latinoamericanos confirman que estudiantes con niveles más altos de IE logran mejores notas, tienen menos ausencias y participan más activamente en clase (Gkintoni et al., 2023)

Igualmente, en la educación superior la relación entre IE y rendimiento es evidente en investigaciones recientes que muestran que en universitarios la IE se asocia con mayor autoeficacia, mejor manejo del estrés, mayor satisfacción académica y menor abandono (Drago, 2004). También se ha observado que quienes tienen buenas habilidades emocionales se adaptan con mayor facilidad al aprendizaje autorregulado, al trabajo autónomo y al trabajo colaborativo, condiciones esenciales hoy día.

Pero no solo se han estudiado calificaciones o GPA, también se han analizado variables mediadoras, estas incluyen motivación académica, compromiso con el aprendizaje, percepción del clima escolar, resiliencia y bienestar psicológico. Todas actúan como facilitadoras de la IE en su relación con el desempeño, permitiendo mayor permanencia escolar y una actitud más positiva hacia aprender (Jiménez Morales y López-Zafra, 2009). Otro punto clave es la influencia del contexto socioeconómico y cultural. En ambientes vulnerables la IE actúa como un factor protector que ayuda a los estudiantes a



afrontar adversidades y disminuye el riesgo de abandono. En contraste, en contextos más favorables esa influencia suele ser moderada, aunque sigue siendo relevante.

Los estudios de género también aportan información, ya que, las mujeres suelen obtener mayores puntuaciones en empatía y conciencia emocional, mientras los hombres destacan más en el control del estrés (Akerjordet y Severinsson, 2007). No se trata de quién es superior, sino de adaptar intervenciones pedagógicas que potencien las fortalezas emocionales individuales.

A pesar de estos resultados positivos, algunos estudios advierten que la relación entre IE y rendimiento no siempre es directa, en ciertos casos los efectos son discretos o incluso nulos, lo cual puede responder a diferencias en los instrumentos utilizados, a la calidad de las intervenciones, al nivel de formación del profesorado o a la integración curricular de los programas de IE.

Por último, cabe destacar que el efecto de la IE suele ser acumulativo y progresivo, no se trata de resultados inmediatos, sino de procesos que se consolidan con implementaciones sistemáticas. Así, cuando se aplican de forma adecuada programas constantes, se observan mejoras sostenidas en calificaciones, en salud emocional y en las habilidades para la vida (Humphrey, 2007). En suma, la IE no solo mejora los aprendizajes en el corto plazo, también contribuye a una educación más humana, justa e integral.

CONCLUSIONES

La inteligencia emocional, más que un concepto moderno o atractivo, se ha consolidado como una necesidad educativa real, a lo largo del ensayo ha quedado claro que las emociones no son una distracción, tampoco un obstáculo, sino parte constitutiva del proceso de aprendizaje. La capacidad de un estudiante para identificar lo que siente, regularse en situaciones de tensión, y empatizar con su entorno, determina, en buena medida su desempeño académico. Y esto no es intuición pedagógica. Es un hecho respaldado por evidencia empírica y por experiencias escolares concretas que confirman, una y otra vez, que sin salud emocional no hay aprendizaje que se sostenga.

Además, se ha demostrado que no basta con reconocer la importancia de las emociones es necesario intervenir, pero intervenir con sentido, con estructura. La inteligencia emocional no se forma de manera espontánea, ni a través de charlas aisladas. Requiere planificación, requiere tiempo, requiere voluntad institucional. Y también requiere formación. Porque un docente que no ha desarrollado su propia inteligencia emocional difícilmente podrá guiar a sus estudiantes en ese mismo camino. Por eso, la implementación debe ser sistémica: desde el currículo, pasando por la gestión escolar, hasta la cultura educativa que se vive día a día en las aulas.

Lo más interesante, tal vez, es que los beneficios de trabajar la inteligencia emocional no se quedan solo en lo académico, no se trata únicamente de subir notas o reducir ausencias. La IE transforma la convivencia, reduce la violencia, mejora los vínculos, y crea un ambiente donde los estudiantes se sienten seguros para aprender. Especialmente en contextos de vulnerabilidad, se convierte en un factor de protección frente a riesgos psicosociales. En otras palabras, no es solo una herramienta para aprender mejor, sino para vivir mejor, y eso, desde una perspectiva ética, también es educación.

Finalmente, este ensayo invita a mirar la escuela del siglo XXI con otros ojos, no como un espacio solo de transmisión de contenidos, sino como un entorno donde se forma la mente, sí, pero también el carácter. Educar con inteligencia emocional no es una moda ni un discurso vacío. Es, en realidad, una decisión política, pedagógica y humana. Una apuesta por una educación más completa, más equitativa, más capaz de responder a las complejidades del presente y del futuro. Una educación que no ignore el corazón.



REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Akerjordet, K., & Severinsson, E. (2007). Inteligencia emocional: una revisión de la literatura con especial atención a las perspectivas empíricas y epistemológicas. *Revista de Enfermería Clínica*, 16(8), 1405–1416. <https://doi.org/10.1111/j.1365-2702.2006.01749.x>
- Drago, J. M. (2004). La relación entre la inteligencia emocional y el rendimiento académico en estudiantes universitarios no tradicionales. ProQuest Dissertations Publishing. <https://search.proquest.com/openview/092716cf120ed00fc1c925dd371862ee/1>
- Escudero, J. E. E., Párraga, C. M. M., & Romo, G. R. V. (2025). La Inteligencia Emocional y su Impacto en el Rendimiento Académico de los Estudiantes. *Ciencia Latina*. <https://ciencialatina.org/index.php/cienciala/article/download/17737/25555>
- Estrada, M., Monferrer, D., Rodríguez, A., & Moliner, M. Á. (2021). ¿Influye la inteligencia emocional en el rendimiento académico? El papel de la compasión y el compromiso en la educación para el desarrollo sostenible. *Sustainability*, 13(4), 1721. <https://www.mdpi.com/2071-1050/13/4/1721>
- Fernández-Lasarte, O., Ramos-Díaz, E., & Palacios, E. G. (2019). Comparativo entre educación superior y media: efecto del apoyo social percibido, el autoconcepto y la inteligencia emocional en el rendimiento académico. *Redalyc*. <https://www.redalyc.org/journal/706/70666696007/70666696007.pdf>
- Gkintoni, E., Halkiopoulou, C., & Dimakos, I. (2023). La inteligencia emocional como indicador de rendimiento académico efectivo en el ámbito escolar: un análisis conceptual integral. *Preprints*. https://www.preprints.org/frontend/manuscript/addd626a8e42d72a43726e594fbecf9b/download_pub
- Humphrey, N., Curran, A., Morris, E., & Farrell, P. (2007). Inteligencia emocional y educación: una revisión crítica. *Psicología Educativa*, 27(2), 235–254. <https://doi.org/10.1080/01443410601066735>
- Jiménez-Blanco, A., & Sastre, S. (2020). Inteligencia emocional y rendimiento académico: Un modelo evolutivo. *Revista Iberoamericana de Educación*. <https://digiuv.villanueva.edu/handle/20.500.12766/198>

- Jiménez Morales, M. I., & López-Zafra, E. (2009). Inteligencia emocional y rendimiento escolar: estado actual de la cuestión. SciELO Colombia. http://www.scielo.org.co/scielo.php?pid=s0120-05342009000100006&script=sci_arttext
- MacCann, C., Fogarty, G. J., & Zeidner, M. (2011). El afrontamiento media la relación entre la inteligencia emocional (IE) y el rendimiento académico. *Aprendizaje y diferencias individuales*, 21(6), 760–770. <https://www.sciencedirect.com/science/article/pii/S0361476X10000603>
- MacCann, C., Jiang, Y., Brown, L. E. R., & Double, K. S. (2020). La inteligencia emocional predice el rendimiento académico: un metaanálisis. *Revista de Psicología Educativa*. <https://psycnet.apa.org/fulltext/2019-74947-001.html>
- Mavroveli, S., & Sánchez-Ruiz, M. J. (2011). La inteligencia emocional como rasgo influye en el rendimiento académico y el comportamiento escolar. *Revista Británica de Psicología Educativa*. 81(1), 112–134. <https://doi.org/10.1348/2044-8279.002009>
- Montecinos, P. A. (2018). Dimensiones de la Inteligencia Emocional en el Rendimiento Académico. Repositorio UDEC. <https://repositorio.udec.cl/server/api/core/bitstreams/543baa71-649c-43e3-af51-ccb8aaed40d0/content>
- Nolberto, V. C., Michel, C. S. E., & Rosel, C. D. S. (2021). La Inteligencia Emocional y el Rendimiento Académico en estudiantes del Primero de Secundaria. Repositorio UNE. <https://repositorio.une.edu.pe/bitstreams/41bfdacd-f462-45d5-bad6-e5e3d06f864d/download>
- Pedrería Rodríguez, M. I. (2017). Competencias emocionales y rendimiento académico en Centros de Educación Primaria. Dehesa UNEX. <https://dehesa.unex.es/handle/10662/6034>
- Perera, H. N. (2016). El papel de la inteligencia emocional como rasgo en el rendimiento académico: Panorama teórico y actualización empírica. *El diario de la Psicología* 150(2), 229–251. <https://doi.org/10.1080/00223980.2015.1079161>
- Perera, H. N., & DiGiacomo, M. (2013). TLa relación entre la inteligencia emocional como rasgo y el rendimiento académico: Una revisión metaanalítica. *Aprendizaje y*



diferencias individuales, 28, 20–33.
<https://www.sciencedirect.com/science/article/pii/S1041608013001143>

Sánchez Ruiz, S. (2020). Inteligencia emocional, creatividad, bienestar subjetivo y rendimiento académico en alumnos universitarios. Repositorio UCJC.
<http://repositorio.ucjc.edu/handle/20.500.12020/891>

Silva, H. A. O. (2020). Relación entre inteligencia emocional, estilos de aprendizaje y rendimiento académico en estudiantes de psicología. Revista Inclusión y Desarrollo.
<https://revistas.uniminuto.edu/index.php/IYD/article/download/2242/1982>

Vargas, G. E. Z. (2011). Inteligencia emocional y rendimiento académico en historia, geografía y economía en alumnos del segundo de secundaria. Repositorio USIL.
<https://repositorio.usil.edu.pe/bitstreams/15eac048-63c5-4db0-bebe-d2d6713abe26/download>

Financiación

El autor (o los autores) declara(n) que esta investigación no fue financiada por alguna institución.

Conflicto de intereses

El autor (o los autores) declara(n) que esta investigación no tiene conflicto de intereses y, por tanto, acepta(n) las normativas de publicación de esta revista.

